

**UNIVERSIDAD FASTA  
ESCUELA DE HUMANIDADES**

**Licenciatura en Educación Religiosa**

**TRABAJO FINAL INTEGRADOR**

**PROPUESTA DE CLASE**

**Galliani, Facundo**

**Fecha de Entrega**

**7/4/2023**

**Calificación:**

**9 (NUEVE)**



**TEMA**

Razón y fe

## PROPUESTA DE CLASE

### 1. TEMA DE LA CLASE

Razón y fe

### 2. DESTINATARIOS

Alumnos de la materia "Teología" en la carrera "Licenciatura en Filosofía" de una Universidad católica (promedio de edad 20-30 años). Los alumnos poseen una formación básica en la fe, en su gran mayoría, por provenir de colegios católicos, además de la formación propia de la Universidad.

### 3. BIBLIOGRAFÍA DEL ALUMNO

1. *La Santa Biblia*, por Mons. Dr. J. Straubinger (2009), La plata: Universidad Católica de La Plata.
2. Conferencia Episcopal Argentina (2010), *Catecismo de la Iglesia Católica*, Buenos Aires: Conferencia Episcopal Argentina-Oficina del libro.

### 4. BIBLIOGRAFÍA DEL DOCENTE

1. Agustín de Hipona, *De la verdadera religión*, en: San Agustín - De la verdadera religión (augustinus.it)
2. Agustín de Hipona (1964), *La Ciudad de Dios*, Madrid, BAC.
3. Bastien R. (2019), *Cinco defensores de la fe y la razón*, Madrid: Rialp.
4. Benedicto XVI, "Fe, razón y Universidad. Recuerdos y reflexiones", discurso en la Universidad de Ratisbona, en: Viaje apostólico a Munich, Altötting y Ratisbona: Encuentro con el mundo de la cultura en la Universidad de Ratisbona (12 de septiembre de 2006) | Benedicto XVI (vatican.va)
5. Concilio Vaticano I, *Constitución dogmática "Dei filius"*, en: Dei Filius (24 de abril de 1870) (vatican.va)
6. Juan Pablo II , *Fides et Ratio*, en: Fides et Ratio (14 de septiembre de 1998) | Juan Pablo II (vatican.va)
7. *La Santa Biblia*, por Mons. Dr. J. Straubinger (2009), La plata: Universidad Católica de La Plata.
8. Martínez Valls, N. (2002), "Sobre la fe y la razón en Santo Tomás de Aquino", en: Revista Humanidades, año 2, n°2, Montevideo: Universidad de Montevideo.
9. Orígenes (1967), *Contra Celso*, Madrid, BAC.

10. Ramos, A., Zubiría Mansilla, M. (2020), *Módulo de estudio Licenciatura en Educación Religiosa. Antropología Teológica*, Mar del Plata: Universidad FASTA.
11. Tomás de Aquino, *Suma contra los Gentiles*, en: [SUMA CONTRA LOS GENTILES \(traditio-op.org\)](http://SUMA.CONTRA.LOS.GENTILES(traditio-op.org))
12. Tomás de Aquino (1964), *Suma Teológica*, Madrid: BAC.

## **5. RECURSOS DIDÁCTICOS**

- 1) Audiovisual: [\(84\) La Fe de Richard Dawkins \(subtitulado\) - YouTube](#)
- 2) Plataforma del campus virtual de la Universidad.
- 3) Proyector con computadora portátil.
- 4) Celular.

## **6. ESQUEMA DE LA CLASE**

### **6.A- ACTIVIDAD DE APERTURA**

Se reproducirá el video de Youtube “La fe de Richard Dawkins” al iniciar la clase, el cual será un disparador y motivador para la reflexión sobre el tema de la fe y la razón. Luego de ver el video se realizará una serie de preguntas de manera oral con el fin de introducir el tema: ¿Es razonable creer en un ser sobrenatural?; ¿Qué tipos de conocimiento existen? ¿La fe es un tipo de conocimiento? ¿El único conocimiento válido que llega a una verdad puede ser el científico? ¿Es el ser humano un ser religioso por naturaleza?; ¿De dónde surge la “idea de Dios”?

### **6.B- TEMARIO DE LA CLASE**

Tema: Razón y fe.

1. Introducción: Aproximación conceptual a la razón y la fe como realidades humanas de orden natural y sobrenatural respectivamente.
2. La fe y la razón como modos de conocimiento.
  - a. Origen, tipo de conocimiento y objeto de la fe.
  - b. Origen, tipo de conocimiento y objeto de la razón.
3. Justificación racional de la fe en las fuentes de la Revelación.
  - a. En las Sagradas Escrituras:
    - i. En los libros sapienciales.
    - ii. En el prólogo de Juan.
    - iii. En las cartas Paulinas.
  - b. En la Tradición de la Iglesia:
    - i. En los Padres de la Iglesia: San Justino, Orígenes y San Agustín.

- ii. En la Escolástica latina del siglo XIII: Santo Tomás de Aquino.
  - iii. En el magisterio de Juan Pablo II y de Benedicto XVI
4. Relaciones entre fe y razón:
- a. El encuentro de dos culturas en el Areópago.
  - b. La relación armoniosa entre fe y razón.
    - i. Credo ut intellegam
    - ii. intellego ut credam
  - c. La separación entre fe y razón.
    - i. Antecedentes medievales.
    - ii. La crisis definitiva de la modernidad.
    - iii. Situación actual.
5. Reflexión final: la relación entre Filosofía y Teología.

### **6-C ACTIVIDAD DE EVALUACIÓN**

Se les dará a los alumnos 4 frases escritas (serán subidas al aula virtual del campus de la Universidad) de diferentes pensadores, científicos, filósofos o teólogos, los cuales abordarán el tema de la relación entre la fe y la razón. Los alumnos deberán justificar argumentativamente y de manera escrita, la verdad o falsedad de dichas frases según lo enseñado en clase. Las respuestas deberán subirlas al aula virtual para ser corregidas por el docente (con escala numérica). Las frases son las siguientes:

- 1) *“Cuando perdemos la fe, perdemos también la razón”*: G. K. Chesterton.
- 2) *“La fe y la razón son como las dos alas con las cuales el espíritu humano se eleva hacia la contemplación de la verdad”*: Juan Pablo II
- 3) *“El meme para una fe ciega asegura su propia perpetuación por el simple expediente inconsciente de desalentar la investigación racional”*: R. Dawkins.
- 4) *“Tuve que eliminar conocimiento para hacerle espacio a la creencia”* I.Kant.

### **7. ANEXO: Desarrollo escrito de la teoría de la clase**

En esta clase hablaremos de la fe y la razón como realidades distintas pero relacionadas entre sí. En primer lugar, introduciremos el tema, definiendo el carácter de los elementos que intervienen en la cuestión: la razón como realidad de orden natural y la fe como realidad de orden sobrenatural. Luego hablaremos de la fe y la razón como modos de conocimiento, determinando el origen, el tipo y el objeto de cada una de ellas.

Seguidamente, haremos un breve recorrido por las Sagradas Escrituras y diferentes escritos pertenecientes a la Tradición de la Iglesia, que realizan una justificación racional de la fe.

Habiendo distinguido adecuadamente ambas realidades, fe y razón, hablaremos sobre sus relaciones recíprocas. Para esto, partiremos del encuentro entre la fe bíblica y la filosofía griega. Esta relación es bien entendida y llega a un punto culminante de complementariedad y armonía en la doctrina de la Escolástica latina del siglo XIII, especialmente en Santo Tomás de Aquino, teniendo otros grandes exponentes en la Alta edad media, como San Agustín de Hipona.

La destrucción de esta relación armoniosa que culmina con la separación entre fe y razón tiene sus antecedentes ya en la Baja edad media, y su crisis definitiva en la modernidad. De esto hablaremos refiriéndonos también, a la situación actual.

Por último y para finalizar la clase haremos una reflexión final sobre la relación entre Filosofía y Teología.

Para introducirnos en el tema de la fe y la razón, entonces, es fundamental sentar las bases de una adecuada distinción entre el orden natural y el sobrenatural. Estos, son órdenes distintos, pero no opuestos ni contradictorios, sino que se complementan armónicamente. Dice Santo Tomás: *“como la gracia no destruye la naturaleza, sino que la perfecciona, es necesario que la razón se ponga al servicio de la fe, como la inclinación de la voluntad rinda obsequio a la caridad”*.

Estos dos órdenes de realidades que coexisten en el hombre no pueden ser contradictorios, ya que es Dios quien ha creado tanto uno como otro. La naturaleza humana con sus propiedades, valores y exigencias propias, pertenece al orden natural. Pero, además, dicha naturaleza está abierta a una elevación, a un perfeccionamiento que no puede lograr por sí misma, que trasciende en absoluto sus fuerzas y capacidades naturales. Esta elevación es realizada en el hombre por la gracia divina que es de orden sobrenatural, orden que, por otra parte, es completamente gratuito y añadido por Dios al orden natural. Dicho orden como decíamos, no va en contra de la naturaleza, sino que es perfectamente congruente con él.

Como dice el Concilio Vaticano I: Dios, por su infinita bondad, ha ordenado al hombre a un fin sobrenatural, que es la participación de los bienes divinos que trascienden en absoluto la inteligencia del alma humana, pues ni “ojo alguno vio, ni oído oyó, ni pasó al hombre por pensamiento cuáles cosas tiene Dios preparadas para aquellos que le aman”. Este fin y bienaventuranza última, que es la posesión clara y perfecta de Dios en el cielo, se nos propone como premio y galardón de nuestras buenas obras. Luego para que el hombre pueda salvarse, alcanzando este fin sobrenatural y divino, debe dirigir a Él todas sus acciones, con el objeto de poder merecerle por sus buenas obras. Pero es imposible dirigir nuestra actividad a un fin si previamente no conocemos dicho fin y el camino que a él conduce. Por eso, es necesario, que el hombre conozca, por vía de revelación divina los

misterios sobrenaturales de la gracia y de la gloria. Y este conocimiento se obtiene por medio de la fe.

En conclusión, el fin último del hombre es esencialmente sobrenatural, pero la naturaleza le ha sido dada precisamente en orden a alcanzar ese fin. Lo sobrenatural es el fin mismo al que esa naturaleza ha sido ordenada desde el comienzo por el mismo Creador.

La fe es la antesala, en esta vida, de la visión de Dios en la vida eterna, y la razón misma ha sido creada para la visión de Dios, por eso, es imposible que la fe y la razón, así como el orden natural y el sobrenatural estén en oposición entre sí. Y aunque dicha visión sobrepasa toda capacidad de cualquier inteligencia creada, y es estrictamente sobrenatural, no por ello se configura en algo contrario a la razón, ya que ese fin sobrenatural es, como dice Santo Tomás, objeto de un deseo natural, de un deseo que es constitutivo de la naturaleza humana como tal, sin que ello disminuya un ápice el carácter absolutamente gratuito del don de Dios.

La fe, como dijimos – y con esto pasamos al segundo punto de esta clase – es un modo de conocer, es un acto del intelecto humano, cuyo objeto es la verdad. Ahora bien, el objeto propio del intelecto que es la verdad o es evidente o se deriva de lo evidente. Pero como la fe es “prueba de lo que no se ve” (Heb 11, 1) es decir, de lo inevidente, para que se dé la fe en el hombre es necesario además un acto de la voluntad, una elección voluntaria. La cual, como dice Santo Tomás, si se pone con temor de que lo contrario sea verdadero, es opinión, si se pone con certeza y sin tal temor, es fe.

Todo esto pertenece a la noción de fe en general, sea religiosa o no. Con esta fe que podemos llamar fe humana o natural, le creemos al médico cuando nos dice que nos hará bien tomar una pastilla cuya naturaleza desconocemos. Al no haber evidencia suficiente, debe intervenir la voluntad para inclinar la inteligencia en un sentido o en otro. Es claro que eso no lo hace irracionalmente, sino a la vez motivada por la inteligencia que le representa la competencia médica y honestidad profesional del médico en cuestión. Es decir, la credibilidad del testigo, que se hace patente mediante diversos signos, como podrían ser en este caso, la abundante clientela del médico, su prestigio y reconocimiento por otras personas, etc.

En el caso de la fe religiosa, y más precisamente la fe cristiana, que es sobrenatural, es necesaria la gracia de Dios que ilumina la inteligencia y la voluntad para que sea puesto el acto de fe. Así, define Santo Tomás la fe sobrenatural: “El creer es un acto del entendimiento, que asiente a una verdad divina, por el imperio de la voluntad, que es movida por Dios mediante la gracia”. Por lo tanto, en este tipo de fe divina, nos apoyamos en el testimonio de Dios mismo.

Resumiendo, la fe, tanto natural como sobrenatural se origina en el intelecto, es un tipo de conocimiento acerca de lo inevidente, y cuyo objeto propio en el caso de la fe sobrenatural, es una verdad divina, es decir, revelada por Dios.

En cuanto a la razón, el conocimiento humano natural se origina también en el intelecto y no depende de la fe sobrenatural, sino de los primeros principios evidentes de la razón misma y los datos evidentes de la experiencia externa e interna. Es decir, es un tipo de conocimiento de lo evidente en el cual, la inteligencia, totalmente determinada por la clara manifestación del objeto mismo, o por la eficacia de la demostración, no necesita de la voluntad para dar su asentimiento.

La Sagrada Escritura nos presenta con claridad el vínculo profundo que existe entre la fe y la razón, y en conjunto con lo escudriñado, estudiado y transmitido por la gran Tradición de la Iglesia nos permite realizar una verdadera justificación racional de la fe. Es, sobre todo, en los Libros sapienciales en donde podemos apreciarlo.

“De la grandeza y hermosura de las creaturas, se puede a las claras venir al conocimiento de su Creador” (Sb 13, 5); “El corazón del hombre proyecta sus caminos, pero Yahvé dirige sus pasos” (Pr 16, 9). Solo a modo de ejemplo vemos en estas citas una síntesis de la armonía entre la fe y la razón, que se complementan y ayudan recíprocamente en la búsqueda común de la verdad, que todo hombre enfrenta en su vida.

En la cita del libro de la Sabiduría, se nos muestra el modo y el principio del conocimiento racional, científico o filosófico en general: la consideración de las creaturas en sí mismas conduce a la razón al conocimiento de Dios. Este conocimiento va de lo causado a la causa, de lo evidente a lo inevidente, y como tal tiene las limitaciones propias de la razón humana. Estas, están implícitas en la cita de Proverbios, ya que se nos habla de cómo el hombre con la luz de la razón sabe reconocer su camino, pero lo puede recorrer de forma libre, sin obstáculos y hasta el final, si con sinceridad se fía de Dios y tiene fe en Él.

La razón y la fe, por tanto, no se pueden separar sin que se reduzca la posibilidad del hombre de conocer de modo adecuado a sí mismo, al mundo y a Dios.

También san Juan comienza el prólogo de su Evangelio con las palabras: “En el principio era el Logos” (Jn 1, 1). Esta es la palabra conclusiva sobre el concepto bíblico de Dios, la palabra con la que todos los caminos de la fe bíblica, alcanzan su meta, encuentran su síntesis. Este es el fundamento último que nos habla de la relación armoniosa entre fe y razón, relación que tiene en el Logos que es Jesucristo, su cumplimiento perfecto.

En las cartas de san Pablo vemos lo mismo, especialmente en la carta a los Romanos, se desarrolla una argumentación filosófica con lenguaje popular que expresa una profunda verdad: a través de la creación los “ojos de la mente” pueden llegar a conocer a Dios. En efecto, mediante las criaturas Él hace que la razón intuya su “potencia” y su “divinidad” (Rm 1, 20). Así pues, se reconoce a la razón del hombre una capacidad que parece superar

casi sus mismos límites naturales: no sólo no está limitada al conocimiento sensorial, desde el momento que puede reflexionar críticamente sobre ello, sino que argumentando sobre los datos de los sentidos puede incluso alcanzar la causa que da lugar a toda realidad sensible. Con terminología filosófica podríamos decir que en este importante texto paulino se afirma la capacidad metafísica del hombre y la relación intrínseca entre fe y razón.

En la Tradición de la Iglesia encontramos varios hitos significativos en la apología o defensa de la fe mediante la razón. Uno de los pioneros en esto, fue san Justino, padre apologeta, quien, conservando después de la conversión una gran estima por la filosofía griega, afirmaba con fuerza y claridad que en el cristianismo había encontrado “la única filosofía segura y provechosa”.

También Orígenes de Alejandría, padre de la iglesia de oriente escribió en el 248 d.C una obra apologética, el *Contra Celso*, contra el filósofo pagano Celso, argumentando con textos de la Escritura y sabiduría proverbial y defendiendo la razonabilidad de la fe cristiana y la no incompatibilidad entre la fe bíblica y la filosofía griega.

El Obispo de Hipona, san Agustín, consiguió hacer la primera gran síntesis del pensamiento filosófico y teológico en la que confluían las corrientes del pensamiento griego y latino. En él, la gran unidad del saber, que encontraba su fundamento en el pensamiento bíblico, fue confirmada y sostenida por la profundidad del pensamiento especulativo. En obras como *La ciudad de Dios* y *De la verdadera religión* además de realizar una crítica mordaz a sus adversarios, defendiendo la fe cristiana de tantas herejías y mentiras que pululaban en esa época, afirma las bases de una verdadera teología como *intellectus fidei*.

La coronación de esta relación armoniosa entre fe y razón se da quizás en la doctrina de Santo Tomás de Aquino, no sólo por el contenido de la misma, sino también por la relación dialogal que supo establecer con el pensamiento árabe y hebreo de su tiempo. Tomás argumentaba que la luz de la razón y la luz de la fe proceden ambas de Dios; por tanto, no pueden contradecirse entre sí.

El aquinate reconoce que la naturaleza, objeto propio de la filosofía, puede contribuir a la comprensión de la revelación divina. La fe, por tanto, no teme la razón, sino que la busca y confía en ella. Como la gracia supone la naturaleza y la perfecciona, así la fe supone y perfecciona la razón. Esta última, iluminada por la fe, es liberada de la fragilidad y de los límites que derivan de la desobediencia del pecado y encuentra la fuerza necesaria para elevarse al conocimiento del misterio de Dios Uno y Trino. Aun señalando con fuerza el carácter sobrenatural de la fe, el Doctor Angélico no ha olvidado el valor de su carácter racional; sino que ha sabido profundizar y precisar este sentido. En efecto, la fe es de algún modo “ejercicio del pensamiento”; la razón del hombre no queda anulada dando su asentimiento a los contenidos de la fe, que en todo caso se alcanzan mediante una opción libre y consciente.



La misma doctrina retoma y afirma el Papa Juan Pablo II en su encíclica *fides et ratio*, cuando dice que “la fe y la razón son como las dos alas con las cuales el espíritu humano se eleva hacia la contemplación de la verdad”. El papa retoma el pensamiento griego clásico y a los grandes autores de la Tradición ya citados más arriba, y realiza una firme defensa del cultivo propio de la razón y en particular de la razón filosófica, que, aunque tiene su autonomía e independencia propia (si bien relativa y no absoluta) es el medio privilegiado para profundizar en la verdad de la Palabra de Dios y abrirle así, nuevos horizontes a la misma razón, que por sí misma y sin la gracia de su Autor no llegaría a tan alto nivel especulativo.

El papa Benedicto XVI también abogó por esta relación complementaria entre fe y razón realizando un aporte significativo y crucial contra lo que él llama “la dictadura del relativismo”. Esta tendencia ideológica se configura como la dominante en la cultura occidental contemporánea y precisamente ataca las bases de la razón en su posibilidad de llegar a su objeto propio que es la verdad. La fe correría con la misma suerte, ya que no es capaz de elevarse hacia su objeto que es la Verdad misma, el Logos eterno.

Teniendo a la Historia como guía, podemos ver ahora sí un poco más detalladamente como fue entendida esta relación en la Iglesia, quien desde siempre afirmó la verdad ya repetida varias veces en esta clase: la razón y la fe son realidades creadas y queridas por Dios y como tal no pueden ser contradictorias, ya que Dios no se puede engañar ni engañarnos, ni la verdad contradecir jamás a la verdad.

Un momento importante en lo que respecta a esta relación, lo podemos leer en el capítulo 17 de los Hechos de los apóstoles, donde se narra el discurso del apóstol Pablo en el Areópago de Atenas. Con esto se realiza el encuentro entre dos culturas, la filosofía griega y la fe bíblica, que si bien ya estaba prefigurada mucho antes (por ejemplo, en el nombre misterioso de Dios “Yo soy” que distingue este Dios del conjunto de las divinidades con múltiples nombres griegos o mismo en los libros sapienciales escritos antes de este encuentro en el Areópago).

La búsqueda filosófica racional sistematizada por los griegos no fue en vano, la búsqueda de la verdad en definitiva que realiza cada hombre independientemente de su cultura, responde al deseo de saber propio de la naturaleza humana creada por Dios.

Dirigiéndose a los Atenienses Pablo les dice: “veo que vosotros sois, por todos los conceptos, los más respetuosos de la divinidad. Pues al pasar y contemplar vuestros monumentos sagrados, he encontrado también un altar en el que estaba grabada esta inscripción: “Al Dios desconocido”. Pues bien, lo que adoráis sin conocer, eso os vengo yo a anunciar”. Es como si Pablo les dijera a estos griegos: Al dios que ustedes llegaron a contemplar y conocer partiendo de la naturaleza, de su inmensidad, de su belleza, de sus cambios y permanencias, pero que sin embargo no conocieron como nosotros los cristianos

lo conocemos, como realmente es, como Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo.... A ese vengo anunciarles, para que completen y perfeccionen su conocimiento de la auténtica divinidad.

También con San Pablo es posible entender profundamente la expresión *credo ut intellegam*, creo para entender. Hay un dato que sobresale con mucha claridad en sus Cartas: la sabiduría de este mundo en contraposición a la sabiduría de Dios revelada en Jesucristo. El Hijo de Dios crucificado es el acontecimiento histórico contra el cual se estrella todo intento de la mente de construir sobre argumentaciones solamente humanas una justificación suficiente del sentido de la existencia. La razón no puede vaciar el misterio de amor que la Cruz representa, mientras que ésta puede dar a la razón la respuesta última que busca. No es la sabiduría de las palabras, sino la Palabra de la Sabiduría lo que San Pablo pone como criterio de verdad, y a la vez, de salvación. Por eso el *credo ut intellegam*, la fe le abre horizontes nuevos a la razón y le permite elevarse más de lo que ella puede por sí misma en la comprensión de sí misma, del hombre, del mundo o de Dios.

*Intellego ut credam* realza en el hombre el camino inverso, pero no menos necesario, cierto y real. En la búsqueda de la verdad sobre su propia existencia, sobre el sentido de su vida y el mundo, sobre su muerte y un posible "más allá" el hombre busca siempre Algo que sea último y fundamento de todo lo demás. En otras palabras, busca una explicación definitiva, un valor supremo, más allá del cual no haya ni pueda haber interrogantes o instancias posteriores. Para todos llega el momento en el que, se quiera o no, es necesario enraizar la propia existencia en una verdad reconocida como definitiva, que dé una certeza no sometida ya a la duda. Cuando esto se da puede ocurrir el encuentro con Dios.

Estas relaciones armoniosas entre fe y razón, filosofía y teología, o espíritu griego y espíritu cristiano tienen en la Baja Edad Media su primer punto de quiebre. Hubo en la teología de este momento histórico ciertas tendencias que comienzan a resquebrajar el edificio fe-razón. Por ejemplo, el planteamiento voluntarista de Juan Duns Escoto quien llegó a afirmar que Dios podría haber creado y hecho incluso lo contrario de todo lo que efectivamente hizo. Esto podría llevar a la imagen de un Dios-Arbitrio, que no está vinculado ni siquiera con la verdad y el bien, pudiendo llegar a hacer algo que vaya contra la razón recta.

Otro tanto se podría decir de Guillermo de Ockham, fraile franciscano, que en el contexto del llamado "problema de los universales" afirma también una separación radical entre fe y razón. Ambos ámbitos son autónomos y ni se pueden apoyar ni negar entre sí. La razón nada puede decirnos sobre Dios, y la fe no tiene nada que ver con el conocimiento racional natural, es de otro ámbito y por lo tanto no hay relación complementaria ni armónica entre ambas realidades, o mejor dicho no hay relación alguna.

Es así como a partir de la Baja Edad Media y continuando en la época moderna sobre todo por obra de la corriente iluminista (en especial la doctrina kantiana), la legítima

distinción entre estos tipos de saberes, se transformó progresivamente en una nefasta separación. Debido al excesivo espíritu racionalista de algunos pensadores, se radicalizaron las posturas, llegándose de hecho a una filosofía separada y absolutamente autónoma respecto a los contenidos de la fe.

En resumen, lo que el pensamiento patrístico y medieval había concebido y realizado como unidad profunda, generadora de un conocimiento capaz de llegar a las formas más altas de la especulación, fue destruido de hecho por los sistemas que asumieron la posición de un conocimiento racional separado de la fe o alternativo a ella.

No es menos dramática la situación actual de esta realidad. Luego del auge de las corrientes racionalistas y fideístas y de la influencia de la doctrina protestante que separan radicalmente la fe de la razón; del immanentismo e indiferentismo religioso que propugna la igualdad de todos los credos, o la no necesidad de la religión en la vida del hombre; llegamos a un panorama postmoderno que no solo niega cualquier relación entre la fe y la razón, sino que propugna la abolición de la fe, pero también de la razón misma, que ya no puede alcanzar lo real, lo verdadero. Es propio de la dictadura del relativismo de la que hablábamos antes.

A modo de conclusión de esta clase, es bueno hacer una breve reflexión sobre la relación entre Filosofía y Teología que resume de alguna manera todo lo dicho sobre las relaciones entre fe y razón.

Como nos dice Juan Pablo II en *fides et ratio*, la palabra de Dios se dirige al hombre, que en todos los tiempos y lugares de la tierra es naturalmente filósofo. Por su parte, la teología, en cuanto elaboración reflexiva y científica de la inteligencia de esta palabra a la luz de la fe, no puede prescindir de relacionarse con las filosofías elaboradas de hecho a lo largo de la historia.

La teología se organiza como ciencia de la fe a la luz de un doble principio metodológico: el *auditus fidei* y el *intellectus fidei*. Con el primero, asume los contenidos de la Revelación tal y como han sido explicitados progresivamente en la Sagrada Tradición, la Sagrada Escritura y el Magisterio vivo de la Iglesia. Con el segundo, la teología quiere responder a las exigencias propias del pensamiento mediante la reflexión especulativa.

En cuanto a la preparación de un correcto *auditus fidei*, la filosofía ofrece a la teología su peculiar aportación al tratar sobre la estructura del conocimiento y de la comunicación personal y, en particular, sobre el lenguaje. Igualmente es importante la aportación de la filosofía para una comprensión más coherente de la Tradición eclesial, de los pronunciamientos del Magisterio y de las sentencias de la teología. En efecto, estos se expresan con frecuencia usando conceptos y formas de pensamiento tomados de una determinada tradición filosófica. En este caso, el teólogo debe no sólo exponer los conceptos y términos con los que la Iglesia reflexiona y elabora su enseñanza, sino también

conocer a fondo los sistemas filosóficos que han influido eventualmente tanto en las nociones como en la terminología, para llegar así a interpretaciones correctas y coherentes.

En relación con el *intellectus fidei*, se debe considerar ante todo que la Verdad divina propuesta en las Sagradas Escrituras goza de una inteligibilidad propia con tanta coherencia lógica que se propone como un saber auténtico. El *intellectus fidei* no hace más que explicitar y desarrollar esta verdad, valiéndose de elementos humanos.

Esta relación entre filosofía y teología se puede apreciar en cada rama teológica que realiza el doble principio antes citado del *auditus* y el *intellectus*. La teología dogmática debe ser capaz de articular el sentido universal del misterio de Dios Uno y Trino y de la economía de la salvación tanto de forma narrativa, como sobre todo de forma argumentativa. Esto es, debe hacerlo mediante expresiones conceptuales, formuladas de modo crítico y comunicables universalmente. En efecto, sin la aportación de la filosofía no se podrían ilustrar contenidos teológicos como, por ejemplo, el lenguaje sobre Dios, las relaciones personales dentro de la Trinidad, la acción creadora de Dios en el mundo, la relación entre Dios y el hombre, y la identidad de Cristo que es verdadero Dios y verdadero hombre. Las mismas consideraciones valen para diversos temas de la teología moral, donde es inmediato el recurso a conceptos como ley moral, conciencia, libertad, responsabilidad personal, culpa, etc., que son definidos por la ética filosófica.

Es necesario, por tanto, que la razón del creyente tenga un conocimiento natural, verdadero y coherente de las cosas creadas, del mundo y del hombre, que son también objeto de la revelación divina; más todavía, debe ser capaz de articular dicho conocimiento de forma conceptual y argumentativa. La teología dogmática especulativa, por tanto, presupone e implica una filosofía del hombre, del mundo y, más radicalmente, del ser, fundada sobre la verdad objetiva.

Por citar otro ejemplo, La teología fundamental, por su carácter propio de disciplina que tiene la misión de dar razón de la fe como dice Pedro, debe encargarse de justificar y explicitar la relación entre la fe y la reflexión filosófica. Esta misma relación complementaria se puede ver, en fin, en todas las ramas teológicas, sin excepción.

Concluimos esta clase con las palabras de san Buenaventura, gran maestro del pensamiento y de la espiritualidad, el cual al introducir al lector en su *Itinerarium mentis in Deum* lo invitaba a darse cuenta de que “no es suficiente la lectura sin el arrepentimiento, el conocimiento sin la devoción, la búsqueda sin el impulso de la sorpresa, la prudencia sin la capacidad de abandonarse a la alegría, la actividad disociada de la religiosidad, el saber separado de la caridad, la inteligencia sin la humildad, el estudio no sostenido por la divina gracia, la reflexión sin la sabiduría inspirada por Dios”.